

CATEQUESIS 7

***¡CONVIÉRTANSE Y CREAM
EN EL EVANGELIO!***



Proceso Evangelizador de la Arquidiócesis de Nueva Pamplona

Saludo: Hermanos la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor, nos debe llevar a preguntarnos como los primeros creyentes: ¿qué debemos hacer? y la respuesta que unidos a ellos debemos dar es: convertirnos y creer en el evangelio. Meditemos en esta catequesis estas experiencias fundamentales de nuestra vida cristiana.

Acogida - Signo e interacción:

Disposición humana para el tema.

Preparación: Se presenta la imagen de la parte derecha, en una cartulina grande y los asistentes opinan sobre lo que puede significar. Luego se lee el texto bíblico citado en la parte superior de la imagen, lo meditan por unos momentos y procuran llegar a una conclusión.

Oración inicial:

Señor aquí estamos delante de ti. Te damos gracias por el amor con el que nos has amado.
Ilumina, Señor, nuestro entendimiento y corazón para saber abrazar la gracia de la conversión. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

EFESIOS 6:10-20



PRIMERA PARTE: LLAMADA

1. ANUNCIO: *Conviértanse y crean en el Evangelio*

Metodología (Trabajo por bases):

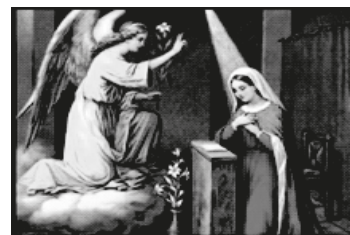
Preparación: Este encuentro se debe realizar en un salón con un gran espacio para que se organicen en tres bases. Cada base de estas debe estar bien dispuesta, con el título de la parte del anuncio que se dará allí, con las imágenes que acompañan el texto (si es posible) y con los materiales que se vayan a emplear, tales como fotocopias, carteleras o signos. En la preparación de la catequesis, los catequistas o misioneros, se organizan en tres equipos para que, cada uno proclame una parte del anuncio, con el contenido que más adelante pueden encontrar.

Realización: Se organizan los asistentes en tres grupos y cada uno irá a una base por 10 minutos para recibir el anuncio que corresponde. Cuando se cumpla el tiempo, el animador del encuentro les avisará que deben pasar a la otra base. Al terminar el recorrido se dialoga sobre la experiencia y se saca una conclusión.

2. ENSEÑANZA DE LOS APÓSTOLES (IGLESIA)

- *¿Qué tenemos que hacer?*

La magnífica noticia, es decir, el Evangelio que estamos recibiendo, toca profundamente nuestras vidas. El Hijo eterno de Dios se ha venido a nuestro mundo, asumiendo realmente nuestra condición humana, y sin dejar de ser Dios como el Padre y como el Espíritu Santo, se ha hecho realmente hombre. Ha querido acercarse a todo ser humano y levantarlo de su postración, lavar heridas y curarlas, restituirlo en salud y darle plenitud. Ha cargado con cada uno de nosotros como un pastor se carga sobre los hombros a la oveja descarriada. Y por nosotros, y para efectuar todo este prodigio, ha querido destruir la muerte y el pecado ofreciéndose en sacrificio a cambio de redimirnos. Hemos sido lavados con su Sangre y Él se ha hecho “hijo del hombre” para que nosotros lleguemos a ser “Hijos de Dios”. En su propia persona ha vencido la muerte por la resurrección y nos ha abierto el camino de retorno al Padre. Su muerte fue un morir al pecado de una vez para siempre y su vida es un vivir para Dios. (Romanos 6, 10).



Esta noticia es lo que llamamos “Evangelio”, Palabra griega que traduce “buena noticia”, “magnífica noticia”, “buenas nuevas”. El Evangelio es este maravilloso anuncio que nunca nos deja indiferentes, que suscita la fe y la refuerza, que provoca una respuesta y la anima.

Ante tanto amor que se derrama caudaloso sobre la humanidad por la persona y la misión de Jesucristo, no podemos quedarnos como asistentes mudos o como espectadores impávidos, debemos preguntarnos como quienes escucharon la predicación de los apóstoles: “¿Qué tenemos que hacer, hermanos?”. (Hechos 2, 36-37). Y lo que tenemos que hacer es convertirnos y creer.



- **La conversión respuesta a Dios**

La conversión es, entonces, la respuesta que damos con toda nuestra vida al mensaje transformador del Evangelio. No es un simple cambio de vida o de costumbres. La conversión es mucho más que dejar de ser malos o pecadores. Es dirigir nuestra mente y nuestra existencia a Dios, es darnos cuenta con toda la sinceridad de nuestro corazón que el mensaje de Jesús tiene que ver con cada uno de nosotros individual y comunitariamente. Es la consecuencia existencial que conlleva al repetirnos interiormente a diario y profundamente: Jesús murió y dio su vida por mí. Jesús resucitó por mí para darme una nueva vida. Dios me considera su hijo y me acepta, por medio de JESUCRISTO, EN SU FAMILIA. YO LO ACEPTO PLENAMENTE A ÉL Y ACEPTO TOTALMENTE SUS PLANES.



Regresar a Dios, volver a sus caminos: La conversión es, ante todo, retornar, por amor, al amor que Dios me manifiesta. Es devolverme a Dios, desechando el camino equivocado. Si en un momento me doy cuenta de que extravié mis pasos, ahora quiero redirigirme y tomar el sendero hacia el amor, el perdón y la felicidad completa. Es querer retornar del mal al bien, de la mentira a la honradez, de la muerte a la vida.

La contemplación de Jesús en la Cruz se revela entonces como posibilidad real de mirar, por fin, el libro abierto en el cual se aprende lo que es creer, amar y esperar; en el que se descubren los sentimientos y los propósitos de Dios y lo que Él desea de cada uno de nosotros. Cristo Jesús no se reservó nada para sí. Todo me lo entregó y no hay mayor alegría que ésta: saber que su Sangre, derramada por mí, me libera del pecado. Por eso, la voluntad humana, al ponerse delante de la cruz de Jesús, se enciende en el deseo de retomar el camino de la perfecta obediencia a la voluntad de Dios, o sea, de volver a la casa del Padre (Lucas 15,18). Observando atentamente el amor inmenso que el HIJO encarnado manifestó a su Padre celestial, uno debería llegar a querer hacer algo semejante, como deseando vehementemente ser también una ofrenda agradable a Dios. Así lo entendió Pablo cuando hace la siguiente exhortación:

Los exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, a que presenten sus cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios; este es su culto espiritual. Y no se amolden a este mundo, sino transfórmense por la renovación de la mente, para que sepan discernir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, lo que agrada, lo perfecto (Rom 12, 1-2).

Estrenar una manera de pensar como la de Cristo: Y con esto podemos afirmar que la conversión es también un “cambio de mentalidad”. Convertirme es renunciar a la mentalidad mundana, que puede estar gobernando muchos de mis criterios y de mis actuaciones, para asimilar la mentalidad de Dios. Es pensar mi vida de otra manera, poniendo en el centro el amor de Dios. Posiblemente continúen asechándome la tentación y el pecado, y yo continúe siendo presa de alguna debilidad que en ocasiones me ponga ante la angustia de “no realizar lo bueno que deseo, sino a obrar lo malo que no deseo” (Rom 7, 19). Aun así,



quien logra tener constantemente en su mente el valor y la grandeza del sacrificio de Cristo es capaz de pensar y juzgar su vida (1 Jn 3, 19-20) desde la entrega del amor más grande de Jesús en la cruz. Nada será igual para él y podrá decirse: “el Señor que ha dado su vida por mí, me invita a vivir una vida entregada totalmente a Él y a mis hermanos, a quienes debo amar con un cariño similar al que Dios tiene conmigo.

Sean imitadores de Dios como hijos queridos, y vivan el amor como Cristo los amó y se entregó por nosotros a Dios como oblación y víctima de suave olor (Efesios 5, 1-2)

El abrazo del Padre Misericordioso: La conversión es, finalmente, abrazo tierno de reconciliación. En él se funda el amor absolutamente fiel del Padre, que nos acoge, que sabe que el retorno al amor es vital. Este acercamiento es posible porque en el Cuerpo inmolado de Jesús se reconcilian el cielo y la tierra, Dios con el hombre. ¡Es imposible vivir sin la amistad de Dios! La lejanía de Dios es la soledad, la oscuridad, la frustración. En cambio, el retorno es abrazo que funde corazones y que enciende la esperanza. Es seguridad de ser acogido por quien es misericordioso y bueno, que todo lo comprende y que todo lo perdona.

En este reencuentro con el amor aprendemos que la obediencia del Señor anuló los efectos de la desobediencia humana y nos abrió las posibilidades para relacionarnos con Dios de una manera distinta. Dios es cercano. Quien ama el misterio del Hijo encarnado y crucificado rinde constante acción de gracias, porque, en Cristo, por iniciativa del Padre, Dios se acercó a nosotros para mostrarnos su voluntad de reconciliación y de amistad. Quien descubre la posibilidad de la reconciliación perfecta con Dios, en Cristo, encuentra que quedan abiertos los caminos de la perfecta reconciliación consigo mismo, con su propia historia, con los demás seres humanos y con el mundo, lastimado tan ostensiblemente por nuestros pecados. Ahora, gracias a Cristo Jesús, los que un tiempo estaban lejos están cerca por la Sangre de Cristo.

- La palabra de fe que predicamos

Para hablarnos con palabras humanas que nosotros entendamos, Dios nos ha regalado la Biblia y el tesoro de la enseñanza de los Apóstoles en la Iglesia. El conocimiento de la voluntad divina solo es accesible a nosotros si nos dedicamos con solicitud y esmero a la acogida de la palabra escrita de Dios y prestamos oídos a la enseñanza de su Iglesia. Dios habla en nuestro lenguaje y por medio de la palabra humana para acercarse a conversar con nosotros.

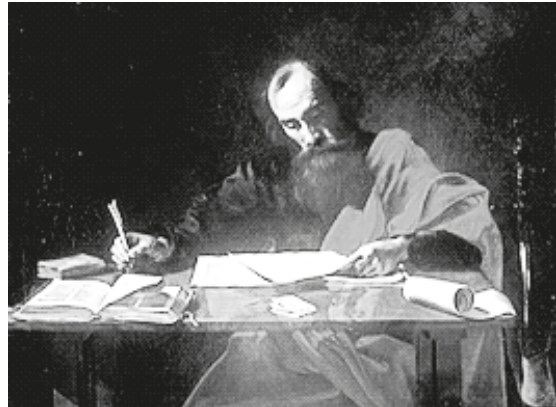
Toda la Biblia nos habla de la historia de amor de Dios con la humanidad y del modo como esta humanidad puede responder al llamado del amor de Dios misericordioso. En las Sagradas Escrituras descubrimos los planes de Dios, su misericordia y su poder, la preparación de la venida del Hijo encarnado y su realización, y comprendemos el sendero que Dios quiere trazar para nosotros. En los Santos Evangelios contemplamos más directamente el rostro del Hijo de Dios, descubrimos el misterio de su más profunda identidad, vemos sus ejemplos y escuchamos su predicación. Por eso, leer las páginas de la Biblia significa escuchar de viva voz la Palabra que Dios tiene reservada para cada uno de nosotros. En la Biblia descubrimos cuál es el querer de Dios y lo que esta voluntad significa para el Hijo encarnado y para nosotros.



Por la gracia del Espíritu Santo que guía la Iglesia a la verdad completa, la predicación tiene eco en el corazón de los fieles para suscitar la fe y la conversión. La predicación de los Apóstoles, de los Padres de la Iglesia, de los Papas y Obispos a través de los siglos, ha permitido por medio del discernimiento, la profundización de la Palabra y su actualización. La sagrada Tradición de la Iglesia (su magisterio y la Sagrada Escritura son la fuente de la cual nutrimos nuestra fe, nuestra doctrina y nuestra liturgia. El fundamento es éste:

Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de sus discípulos. Estos han sido escritos para que crean que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengan vida en su nombre (Juan 20, 30-31)

Para seguir emprendiendo el camino de la conversión es necesario además conocer la enseñanza de la Iglesia. En ella se hace presente la misma predicación de los Apóstoles (Hechos 2, 42), los testigos privilegiados de los misterios de nuestra salvación obrados en la persona de nuestro Maestro Jesús. Ellos y sus sucesores recibieron la misión de conservar íntegro ese tesoro.



A ti te daré las llaves del Reino de los cielos. Lo que ates en la tierra quedará atado en el cielo y lo que desates en la tierra quedará desatado en el cielo (Mateo 16,19). Manténganse firmes y conserven las tradiciones que han aprendido de nosotros, sea de viva voz o por carta. (2 Tesalonicenses 2, 15).

Timoteo, guarda el depósito de la fe. (1 Timoteo 6,20) ten por norma las palabras sanas que oíste de mí en la fe y en la caridad de Cristo Jesús. Conserva el buen depósito mediante el Espíritu Santo que habita en nosotros (2 Timoteo 1, 13-14)

Ahora bien, ¿cómo invocarán a Aquel en quien no han creído? ¿Cómo creerán en Aquel de quien no han oído hablar? ¿Cómo oirán hablar de Él sin nadie que anuncie? ¿Y cómo anunciarán si nadie los envía? Según está escrito: ¡qué hermosos son los pies de los que anuncian la buena noticia del bien! (Romanos 10, 14-15).

La fe nace del mensaje que se escucha, y la escucha viene a través de la Palabra de Cristo. (Romanos 10, 17).

La Iglesia continúa fielmente, desde los tiempos apostólicos hasta hoy, predicando el mismo mensaje de Cristo. Por lo tanto, no existe verdadero camino de conversión ni de conocimiento de Dios, si no escuchamos con atención la palabra que la Iglesia tiene para decirnos.



SEGUNDA PARTE: RESPUESTA

1. *La palabra resuena - ecos del anuncio - trabajo personal.*

El trabajo personal correspondiente a este encuentro tiene dos momentos: el primero se lleva a cabo en la conversación con el Señor Jesucristo, poniendo ante los ojos su sacrificio y su muerte como acto de amor incomparable, por mí y por todos, y expresándole en consecuencia sentimientos de gratitud, de admiración y de contrición. La contrición es fruto del amor que siento, de la tristeza o dolor, por haber ofendido a Dios, que no merece ser ofendido y que tanto nos ha amado.

El segundo momento consiste en dedicar un espacio de tiempo suficiente a la reflexión sobre las tres dimensiones principales de la conversión, aplicándolas a mi propia vida: ¿Cuáles son los caminos que he andado erróneamente, alejándome del Señor, y que hoy, por amor, debo desandar?, ¿cómo y en que debe cambiar mi mentalidad, mis criterios, mis maneras de pensar para que sean los de Cristo? Y ¿qué me podría faltar para abrazar total y definitivamente la misericordia del Padre que me espera con los brazos abiertos?

2. *La palabra se comparte - dialoguemos*

- Explicar entre todos, la relación que hay entre la acogida del magnífico anuncio de Cristo y la conversión. ¿en qué consiste la conversión? Y ¿Por qué, para convertirnos, es necesario crecer en el conocimiento de Dios?
- ¿Cuáles son tus propósitos hasta este momento en la etapa que estás iniciando? ¿cómo animarías a tus compañeros para que sigan perseverantes en este camino ya emprendido? Y, con humilde actitud, sinceramente, cada uno confiesa ante sus hermanos que necesita convertirse, que cuenta con su ayuda y su oración, y que pide al Señor la gracia de nunca desfallecer en este camino de retorno al amor de Dios.
- De cualquier resentimiento que nos impide perdonar, bien sea personas, bien sea situaciones o historias, bien sea estructuras reinantes: Mt 5, 5-9; 6, 12. 14-15; 18, 21-22.23-35; Lc 17, 3-4; 23,34; Gal 5,1.
- De toda búsqueda de soluciones al margen de Dios o despreciando sus mandatos, es decir, de lo que podríamos bien llamar “obra de satanás”, que son la superstición (hechicería, agüeros, horóscopos, magia negra, brujería y, en general todos los esoterismos) y las idolatrías (del poder, del placer, del dinero) que generan dependencias y adicciones de todo tipo. Todo tipo de magia es inútil: Gal 5, 19-20; Ap 9, 21; 21, 8; 22,15.
- En distintos espacios de trabajo personal, en oración, repasar mi vida deteniéndome en cada uno de los aspectos o niveles de la conversión: pecado, actitudes de misericordia, resentimientos, búsquedas equivocadas de Dios y, si desea, elaborar un cuadro en el que diga de qué me tengo que convertir y hacia qué me tengo que convertir.



- Combatir el egoísmo que anida en el corazón, pensando en lo que dice Filipenses 2, 13.

3. La palabra en la Iglesia - confesión de fe

Los asistentes participan leyendo los textos bíblicos.

- "Mi palabra ha llegado bien cerca de ti; ya la tienes en la boca y la sabes de memoria, y sólo hace falta ponerla en práctica." (Deuteronomio 30, 14).
- "El Espíritu del Señor está sobre mí. Él me ha ungido para llevar buenas nuevas a los pobres, para anunciar la libertad a los cautivos, y a los ciegos que pronto van a ver, para despedir libres a los oprimidos y proclamar el año de gracia del Señor." (Lucas 4, 18-19).
- Se ha cumplido el tiempo y está cerca el reino de Dios. Conviértanse y crean en el Evangelio" (Marcos 1, 15).
- "Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y llevar a término su obra" (Juan 4, 34).
- No todo el que me dice "Señor, Señor" entrará en el reino de los cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial (Mateo 7, 21).
- "Y les dijo: Vayan por todo el mundo y anuncien la Buena Nueva a toda la creación." (Marcos 16, 15).

4. Comunión y misión - compromisos

- De todo pecado. La carta de san Pablo a los efesios (4, 24) nos dice: "Revístanse, pues, del hombre nuevo, el hombre según Dios que él crea en la verdadera justicia y santidad."
- De toda falta de misericordia, porque la misericordia es distintivo del cristiano: Is 1, 11-17; Os 6, 6; Mt 5, 7; 9, 13; 12, 7; 25, 31-46; Lc10, 25-37; Col 3, 12-15; St 2, 13.
- "El mismo Señor nos dio la orden: Te he puesto como luz de los paganos, y llevarás mi salvación hasta los extremos del mundo." (Hechos 13, 47).
- "Por lo tanto, con toda seguridad conozca la casa de Israel que, al mismo Jesús, a quien ustedes crucificaron, Dios lo ha constituido Señor y Mesías". Al oír esto, se les traspasó el corazón, y preguntaron a Pedro y a los demás apóstoles: "¿Qué tenemos que hacer, hermanos?". (Hechos 2, 36-37).
- Denme esta alegría, manténganse unánimes y concordes con un mismo amor y un mismo sentir. No obren nunca por rivalidad u ostentación, sino con humildad, considerando a los demás superiores a ustedes. No se encierren en sus propios intereses egoístas, sino busquen el interés de los demás. Tengan entre ustedes los mismos sentimientos de Cristo (Filipenses 2, 2-5).



Oración final:

Acto de fe.
Señor Dios, creo firmemente
y confieso todas y cada una de las verdades
que la Santa Iglesia Católica propone,
porque tú las revelaste,
oh Dios, que eres la eterna Verdad y Sabiduría,
que ni se engaña ni nos puede engañar.
Quiero vivir y morir en esta fe.
Amén.

